

ES TUYA LA PALABRA,
Juana Pinés, Lastura Ediciones, Madrid, 2020.

Instalada en la gratificante naturalidad de su escritura, de una emotividad sin artificios y una clara vocación comunicativa, Juana Pinés es una maga generosa que siempre escribe poniéndose de parte del lector. La suya es una poesía hecha de la propia sustancia de la vida, dispuesta en la armonía de quien sabe que el sosiego es el don de la verdad poética; y así, desde la quietud y la perseverancia, ha ido desarrollando una obra que se nutre de lo de cada día, es decir: del nacer, el morir, el dolor, el amor... su mientras tanto; y lo hace de forma directa y cercana. Su larga trayectoria, bien refrendada por premios y reconocimientos, nos sitúa ante una autora solvente que ha sabido transmutar su mirada sobre el mundo y su experiencia de él, en un corpus poético consistente, intensamente lírico, sin precisar de complejidades que dificulten lo que halla en su claridad acierto.

Es tuya la palabra, su decimocuarto libro en este género (también, y con fortuna, cultiva la prosa), apoya sus veintiún poemas en versos de veintiún poetas, sus poetas, como reivindicación de su propio lugar en un camino que aúna lo particular de cada voz con lo común del sentido del mensaje. Así, es un libro pensado, bien articulado, ilustrativo. Juana vincula su poesía a quienes, antes o ahora, han venido contemplando el existir y sus acasos desde un mismo pretil. Un libro que desde el reconocimiento a los autores citados se erige como realidad exenta, que sustentaría igual su discurso si se prescindiera de las apoyaturas. A quien gusta de encasillar, bastaría con recitar los veintiún nombres para ubicar a Juana a la ligera; pero erraría, porque su crédito es fruto de una más amplia asimilación de lo aprehendido; otra cosa es que sea hermoso y digno unir su voz a las voces amadas y, partiendo de citas muy concretas, elaborar su propia propuesta.

En este libro está presente todo lo fundamental que permanece, “porque tan sólo muere aquello que no amamos”: la conciencia de un yo desposeído, el amor como luz perseverante, la maternidad hecha miedo a la pérdida, la absoluta desolación ante la muerte del alma (¿qué más puede morir cuando muere la madre?), la infancia, la soledad profunda del agua entre la lluvia, la luz que cae sonora entre los lilos...

Cada poeta da su propia sombra y también comparte su propio lenguaje. Es difícil destacar unos poemas determinados, porque cada uno de los que aparecen en este libro es una pieza cerrada, hermosísima, eficaz. Sí se advierte que, además de mucha inspiración, hay también mucho esfuerzo, mucha maestría, un dominio de la palabra justa que ha de acomodarse donde el verso la pide. Su cadencia, en Juana Pinés, invita a la atención sostenida; es, la suya, una poesía para dejarse acunar: leerla en voz alta le devuelve al poema un eco que es raíz, porque la música de cada uno de estos versos ni distrae ni se opone al discurso, siempre sencillo y hondo. La sensibilidad, que nunca es sensiblería, se transmite como conocimiento, experiencia del mundo y sus contrapuestos aprendizajes. Amplia es la sombra, como poeta, de Juana Pinés: acogernos a ella es refugiarnos en una verdad que permanece.

Federico Gallego Ripoll